

Wittgenstein en Cortázar y Elizondo

Pedro Gurrola

El ajolote (*Ambystoma mexicanum triginum*) es un batracio que habita desde hace siglos en las lagunas del centro de México y que actualmente aún se puede encontrar en abundancia en el lago de Xochimilco. Los pueblos prehispánicos asentados en las riberas de este lago lo llamaron *axólotl*, que en náhuatl significa «el transformista del agua». En su *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Fray Bernardino de Sahagún refiere que el ajolote era muy apreciado por los antiguos mexicanos, quienes lo consideraban un alimento sabroso, propio de señores (Libro XI, cap. 3). Se le atribuían también propiedades medicinales y terapéuticas, y aún hoy en día podemos encontrar en México, en sitios dedicados a la medicina tradicional indígena, ungüentos y jarabes que incluyen al ajolote como ingrediente.

Desde el siglo XVII, este habitante de los lagos mexicanos ha intrigado a los científicos debido a su capacidad de regenerar miembros perdidos y porque, a diferencia de otros anfibios que pasan del estado larvario acuático a un estado adulto terrestre, el ajolote alcanza su madurez sexual sin llegar a cambiar su morfología larvaria, un fenómeno llamado neotenia. Sólo en algunos casos y bajo ciertas condiciones, el ajolote evoluciona a su estado adulto, convirtiéndose entonces en una salamandra terrestre.

También en las mitologías prehispánicas la capacidad de transformación del ajolote fue su principal distintivo. Según uno de los mitos cosmogónicos de la cultura náhuatl, cuando los dioses fueron emplazados para sacrificarse y generar así el movimiento del sol, el dios Xolotl, reacio a morir, se transformó en una planta de maíz de dos cañas y se ocultó entre las milpas. Al ser descubierto echó a correr y se escondió entre los magueyes, donde tomó la forma de una penca doble. Cuando de nuevo fue hallado escapó metiéndose en el agua, donde «hízose pez, que se llama *axólotl*» (Sahagún; Libro VII, cap. 2). Ésta fue su última metamorfosis; fue atrapado y se le dio muerte, con lo que el ciclo cósmico pudo iniciarse.

En la literatura moderna, este singular animal ha sido protagonista al menos en dos ocasiones: en el cuento de Julio Cortázar «Axolotl» incluido en *Final del juego* (México: Los Presentes, 1956), y en «*Ambystoma, Triginum*», un texto del escritor mexicano Salvador Eli-

zondo contenido en su libro *El grafógrafo* (México: Joaquín Mortiz, 1972). Mi intención es mostrar que estos dos textos no sólo coinciden en tener al ajolote como protagonista, sino que en ambos hay implícita una reflexión sobre el lenguaje que toma como punto de partida la condición ambigua del ajolote y, lo que es más interesante, que en ambos dicha reflexión parece estar relacionada con la lectura del *Tractatus Logico-philosophicus* de Ludwig Wittgenstein. Bajo esta perspectiva, existe entre ambos textos un nexo que sobrepasa lo puramente literario y sirve de hilo conductor para mostrar cómo algunas ideas de Wittgenstein pudieron influir en la obra de cada uno de estos autores. Aclaro que no se trata de forzar una lectura filosófica de estos textos, sino de averiguar de qué manera la filosofía ha permeado la literatura.

Por otra parte, el análisis que haré también contribuye a documentar el interés que la obra de Wittgenstein ha suscitado en la literatura hispanoamericana. En este sentido, Cortázar y Elizondo no son casos aislados; ya en 1954 Nicanor Parra citaba a Wittgenstein en el poema «Advertencia al lector» de su libro *Poemas y Antipoemas* (1954). Otro ejemplo es el ciclo de poemas *Al margen de un tratado* (1981-1983), del poeta mexicano Eduardo Lizalde, incluido en su libro *Memoria del tigre* (1983).

«Axolotl» y los límites del lenguaje

En el caso de Cortázar el interés por Wittgenstein se hace explícito en *Rayuela* (1963), en donde se le menciona en dos ocasiones, una en el capítulo 28 y otra en el 99. En ambos casos el nombre de Wittgenstein surge en el contexto de discusiones que giran alrededor de las relaciones entre el lenguaje y la realidad. En algunos momentos de estas discusiones podemos percibir claramente ecos del *Tractatus*. Por ejemplo, en el capítulo 28 se habla del fracaso de toda tentativa de explicación metafísica, pues «para definir y entender habría que estar fuera de lo definido y lo entendible», lo que nos recuerda una de las afirmaciones centrales del *Tractatus*: la filosofía no puede ir más allá de los límites del lenguaje y éste no puede hablar del sentido del mundo, pues el sentido del mundo tiene que residir fuera del mundo (*Tractatus*, 6.41). En ese mismo capítulo se aborda la cuestión del solipsismo y de la imposibilidad de acceder a la realidad del otro. Oliveira niega que podamos asegurar la existencia de una realidad única, válida para todos, pues cada individuo es un ser esencialmente incomunicado con los

demás. Un aislamiento que sólo podría romperse si pudiésemos percibir la realidad desde el otro: «si al mismo tiempo pudieses asistir a esa realidad desde mí o desde Babs, si te fuera dada una ubicuidad, enténdes, y pudieras estar ahora mismo en esta misma pieza donde estoy yo y con todo lo que soy y lo que he sido yo y con todo lo que es y ha sido Babs, comprenderías tal vez que tu egocentrismo barato no te da ninguna realidad válida» (*Rayuela*, p. 308). Aunque la discusión no está inspirada exclusivamente en ideas de Wittgenstein, la insistencia en que dicha incomunicación se debe a una insuficiencia del lenguaje, del que «hay que desconfiar, si uno es serio» (*Rayuela*, p. 310), parece corresponder a una lectura negativa de la proposición 5.6 del *Tractatus*: «Que el mundo es *mi* mundo se muestra en que los límites del lenguaje (del lenguaje que sólo yo entiendo) significan los límites de *mi* mundo».

Precisamente la cuestión del solipsismo y de los límites del lenguaje son temas medulares en el cuento «Axolotl». Esta proximidad temática, junto con la coincidencia cronológica (Cortázar escribió «Axolotl» en los mismos años en que se comenzaba a gestar *Rayuela*), parece sugerir que también en «Axolotl» existen rastros del *Tractatus* de Wittgenstein¹. De hecho, años atrás, Antonio Pagés Larraya llegó a considerar esta posibilidad como algo evidente:

Creo advertir en Cortázar una evidente influencia del pensamiento lingüístico de Ludwig Wittgenstein, y lo cierto es que «Axolotl» ilustra tensamente esa imposibilidad de trascendencia a través de la palabra que el pensador vienés lleva hasta la consecuencia dramática de no admitir la posibilidad de comunicación verbal profunda. Para entender a los axolotl no hay otra alternativa que ser axolotl. O sea, simbólicamente: no podemos entender a otros sin desaparecer, sin incorporarnos a su código (Pagés Larraya; p. 447).

En una entrevista con Sara Castro-Klaren, el mismo Cortázar parece corroborar que su conocimiento del *Tractatus* pudo ser incluso anterior a la escritura de «Axolotl», aunque también advierte que no llegó a leerlo con demasiada profundidad:

SCK- En *Rayuela* uno de tus personajes dice: «No le atribuyamos a Morelli los problemas de Dilthey, Husserl y Wittgenstein» [...]. ¿Es tu lectura de estos tres filósofos contemporánea a la escritura de *Rayuela*?

¹ Aunque el *Tractatus* no se tradujo al castellano hasta 1957 y al francés hasta 1960, Cortázar pudo tener a su disposición la edición inglesa de 1922 o la reedición de 1933.

JC- Bueno, ya te expliqué antes que mi lectura de esos filósofos no es profunda y especializada, sino que conozco más bien la divulgación de su obra. Y luego algunos textos accesibles. Por lo demás, después de llegar a Francia he leído menos filosofía que en mis tiempos de la Argentina [...], donde, como Mallarmé, «J'ai lu tous les livres» (Cortázar; 1980, p. 26).

Recordemos que en «Axolotl» el narrador relata cómo, en su esfuerzo por comprender el mundo de los ajolotes, sufrió una transformación en la que su conciencia pasó a ser la conciencia de un ajolote, o más bien, una conciencia humana atrapada en el cuerpo de un ajolote. Si antes, cuando aún era un hombre contemplando a los ajolotes dentro del acuario, se esforzaba «por penetrar lo impenetrable de sus vidas», tras la transformación el narrador accede a la anhelada comprensión, pero a partir de ese momento la realidad humana le resultará inaccesible:

Yo era un axolotl y sabía ahora instantáneamente que ninguna comprensión era posible. Él estaba fuera del acuario, su pensamiento era un pensamiento fuera del acuario. Conociéndolo, siendo él mismo, yo era un axolotl y estaba en mi mundo.

Así, no hay posibilidad de compartir o comprender la realidad del otro sin abandonar nuestro propio ser. Como hemos señalado antes, ésta es la misma postura solipsista que Oliveira defenderá en el capítulo 28 de *Rayuela* y que, sin excluir a Wittgenstein, se nutre de toda una larga tradición filosófica. En todo caso, Cortázar estaría interpretando las afirmaciones del *Tractatus* como una aseveración sobre la insuficiencia del lenguaje para poder acceder a la realidad de los otros. Pagés Larraya lo resume en la afirmación de que «para entender a los axolotl, no hay otra alternativa que ser axolotl», tal vez pensando incluso en la conocida afirmación de las *Investigaciones Filosóficas* de Wittgenstein: «si un león pudiera hablar, no lo podríamos entender», pero no hay que olvidar que las *Investigaciones Filosóficas* se publicaron en 1953, cuando «Axolotl» ya había sido terminado.

Es evidente que la elección del ajolote como protagonista del cuento no es casual. La relación de los ajolotes con el mundo prehispánico, su apariencia arcaica, su quietud e inmutabilidad inducen al narrador a imaginarlos poseedores de un misterio insondable, a creer que en ellos hay encerrada una conciencia condenada al silencio. Curiosamente, Cortázar evita mencionar las propiedades de transformación del ajolote, quizá para no hacer explícita la alegoría que ellas encierran. Pero justamente son esas propiedades las que otorgan a los ajolotes la posi-